

Tercera parte

Restaura humildemente

*¿Cómo puedo servir con amor a otros,
ayudándoles a asumir la responsabilidad
por su contribución a este conflicto?*

Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde.

Gálatas 6:1

Josefina esperó pacientemente que todos los alumnos de Luis salieran. Cuando vio que él había terminado con su trabajo y había colocado todos los papeles en su portafolio, entró en el aula con toda naturalidad.

Le dio una sonrisa amistosa y le preguntó: “Luis, ¿tienes unos minutos para hablar?”.

Luis levantó la vista, con desconfianza. “Estoy bastante ocupado en este momento. ¿De qué quieres hablar?”.

“Me gustaría pedirte perdón por la forma en que te hablé la semana pasada y hablar sobre cómo no estamos relacionando entre nosotros. Pero si éste no es un buen momento, podría venir más tarde”.

La mirada de sorpresa de él mostró que no era lo que esperaba escuchar de Josefina. “No, está bien, tengo unos minutos”.

“Gracias. Bueno, como dije, tengo que pedirte perdón por lo que dije en la sala de profesores el miércoles pasado. Cuando me hiciste una broma frente a Esteban y Sara, perdí los estribos y te atacué. Estaba equivocada, y estoy seguro que te incomodé. ¿Podrías perdonarme, por favor?”

Desarmado por su transparencia, todo lo que atinó a decir fue: “Está bien. Sé que puedo ser algo hiriente a veces. Simplemente olvídale”.

“El olvido puede llevar mucho tiempo. Me gustaría que pudieras decir que me perdonas”.

“Seguro, lo que sea. Te perdono. Dejémoslo ahí”.

Josefina había estado planeando esta conversación durante días con la ayuda de un consejero conciliador capacitado de su iglesia. Habían previsto que Luis podría intentar sacarse de encima sus diferencias, así que habían hecho un juego de roles para mantener la conversación activa. Josefina ahora puso en práctica esa planificación.

“Dado que estallé contra ti frente a Esteban y Sara, quiero que sepas que pienso ir a ellos y reconocer que me equivoqué. ¿Hay alguna otra cosa que puedo hacer para arreglarme contigo? ¿Hay algo más que haya hecho para ofenderte?”.

“No”, respondió, “nada que se me ocurra”.

“Tal vez me puedas ayudar a entender algo. Si no he hecho nada para ofenderte, ¿por qué dices cosas sarcásticas acerca de mí en frente de los demás?”.

“Oye, sólo estoy bromeando. ¿No puedes aceptar una broma?”.

“Tal vez no tienes la intención de lastimarme, pero no parece ser una broma, Luis. Es incómodo que alguien se burle de uno frente a las personas con las que trabajo cada día. Tampoco creo que ellas lo encuentren divertido. Y no creo ser la única persona que está evitando la sala de profesores simplemente para evitar tus bromas”.

“Así que ahora soy el lobo malo”, respondió sarcásticamente. “¡Y todos los chanchitos tienen que correr a la casa para esconderse!”.

“A esto es precisamente a lo que me refiero, Luis. Tienes la costumbre de denigrar a la gente y ni te das cuenta que puedes herir a otras personas con tu sarcasmo. Esto no es un buen ejemplo para nuestros alumnos. Y me duele decir que he escuchado a algunos miembros del personal ridiculizar tu fe a tus espaldas. ¿Sabes lo que están diciendo?”.

En realidad, Luis no quería saberlo, pero se vio forzado a decir: “¿Qué?”.

“Están diciendo que eres un hipócrita, Luis. No entienden cómo puedes decir que eres un cristiano y, sin embargo, hablar tan críticamente todo el tiempo”.

Luis se sobresaltó ante las palabras de Josefina, y comenzó a buscar una forma de poner fin a la conversación. Sin embargo, antes de que pudiera hablar, Josefina le habló cordialmente

“No creo que tengas la intención de hacerlo. Creo que quieres tener un testimonio positivo, pero da la impresión de que se te pegó el hábito de decir cosas hirientes a las personas. Yo he luchado con el mismo problema, Luis. He lastimado a muchas personas con mis palabras. ¡Pregúntale a mi familia solamente! Pero Dios es un Dios perdonador. No nos trata como merecemos ser tratados por nuestros pecados. Y quiere librarnos de nuestros hábitos dañinos. No quiere que tú y yo estemos peleándonos. Le encantaría que nos perdonemos y trabajemos juntos para mejorar nuestra relación y nuestro testimonio en este lugar”.

A Luis nunca le habían hablado así en su vida. La verdad de las palabras de Josefina le causaron escozor, pero el tono de voz de ella y su recordatorio del perdón de Dios le dieron un rayo de esperanza. Se acomodó en el asiento y dio un suspiro de cansancio y pesar.

“No merezco tu perdón”, dijo. “Te he estado destrozando todo el año, como a todo el mundo. Siempre he usado el sarcasmo cuando no sabía cómo relacionarme con la gente. Vuelvo a casa noche tras noche sabiendo que realmente me equivoqué, pero no puedo cambiar. ¿Hay esperanza realmente para un tonto como yo?”.

“¡Por supuesto que sí!”. Josefina arrimó su silla del otro lado del escritorio de Luis. “Si Dios puede ayudarme a controlar mi lengua, puede ayudar a cualquiera. Oremos ahora mismo y pidámosle que nos muestre cómo podemos convertir nuestras diferencias del pasado en una oportunidad para demostrar su poder en nuestra vida”.

=====

Hablar con otras personas acerca de un conflicto generalmente es una experiencia desagradable. A menudo dejamos que las tensiones se acumulen al punto de explosión y luego las confrontamos con una lista de sus agravios. Éstas se ponen a la defensiva y reaccionan con una lista de nuestros agravios, lo que lleva a una dolorosa batalla de palabras. Quienes tienen mayor destreza verbal podrán ganar algunas discusiones de esta forma, pero al hacerlo pueden perder varias relaciones importantes.

El evangelio permite un enfoque completamente diferente cuando se trata de hablar con otras personas acerca de su papel en un conflicto. Al recordar la misericordia de Dios para con nosotros, podemos acercarnos a otros en un espíritu de amor en vez de condena. Y, en vez de usar la culpa y la vergüenza para forzarlos a cambiar ellos mismos, podemos transmitir gracia ofreciéndoles la maravillosa noticia de que Dios quiere librarlos del pecado y ayudarlos a crecer para ser como su Hijo.

Hay muchas destrezas de comunicación útiles que podemos aprender también; éstas nos permiten escuchar más cuidadosamente, y hablar más claramente y con mayor gracia. La comunicación piadosa generalmente lleva a una mejor comprensión y acuerdo. Si sazona sus palabras con sabiduría y gracia, hablar con otros acerca de las faltas que han cometido puede volverse una forma de fortalecer relaciones, servir a otras personas y llevar alabanza a Dios.

A solas con él

"Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano".

Mateo 18:15

El conflicto ofrece oportunidades únicas para servir a la gente. Cuando hay otras personas agobiadas por problemas y presiones, Dios a veces nos usará para alentarlas y ayudar a llevar sus cargas. En otras situaciones, tal vez podamos darles consejos útiles, brindarles un ejemplo positivo o sugerir soluciones creativas a los problemas. Lo mejor de todo es que un conflicto puede ser una oportunidad para demostrar el amor de Cristo y dar testimonio del evangelio, aun a quienes que nos están atacando.

Una de las formas más desafiantes de servir a otros en medio del conflicto es ayudarlos a ver dónde se han equivocado y necesitan cambiar. Si bien muchas ofensas pueden y deben pasarse por alto, algunos problemas son tan dañinos que deben ser tratados. En este capítulo analizaremos algunas pautas básicas sobre cuándo y cómo uno debe ir y hablar en privado con otra persona acerca de como él o ella han contribuido al conflicto

Restaurar significa más que confrontar

Cuando los cristianos piensan en hablar a otra persona acerca de un conflicto, uno de los primeros versículos que vienen a la mente es Mateo 18:15: "Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano". Si este versículo se lee aisladamente, parecería enseñar que siempre debemos usar la confrontación directa para forzar a otros a reconocer que han pecado. Sin embargo, si se lo lee en contexto vemos que Jesús tenía algo mucho más flexible y beneficioso en mente que simplemente encarar a otros y describirles sus pecados.

Justo antes de este pasaje encontramos la maravillosa metáfora de Jesús del pastor amoroso que va en busca de una oveja descarriada y luego se regocija cuando la encuentra (Mateo 18:12–14). Por lo tanto, Mateo 18:15 se introduce dentro de un tema de restauración, y no de condenación. Jesús repite este tema justo después de decirnos que "vayamos y le hagamos ver su falta" al agregar "Si te hace caso, has ganado a tu hermano". Y luego toca el tema de la restauración por tercera vez en los versículos 21–35, donde usa la parábola del siervo infiel para recordarnos que debemos ser tan misericordiosos y perdonadores entre nosotros como Dios lo es para con nosotros (Mateo 18:21–35).

Claramente, Jesús está pidiendo algo mucho más amoroso y redentor que simplemente confrontar a otros con una lista de sus fallas. Él quiere que recordemos e imitemos su amor de pastor por nosotros, que busquemos a otros para ayudarlos a volverse del pecado y ser restaurados a Dios y a quienes han ofendido. Este tema de la restauración se repite a lo

largo de toda la Biblia, al instarnos a “ayudar”, “restaurar”, “salvar” y “perdonar” a quienes son atrapados en el pecado (ver 1 Tesalonicenses 5:14; Gálatas 6:1; Santiago 5:20).

Si bien este proceso de restauración puede requerir a veces la confrontación directa, la Biblia enseña que generalmente hay mejores formas de encarar a las personas con relación a sus faltas. De hecho, la Biblia raramente usa las palabras que traduciríamos como “confrontar” para describir el proceso de hablar a otros acerca de sus faltas. En cambio, nos llama a usar una amplia gama de actividades para ministrar a otros, incluyendo confesar, enseñar, instruir, razonar, mostrar, alentar, corregir, advertir, amonestar o reprender (Mateo 5:23, 24; Lucas 17:3; Hechos 17:17; 1 Tesalonicenses 5:14; 2 Timoteo 2:24; 4:2). Dios quiere que ajustemos la intensidad de nuestra comunicación para que se adapte a la posición de la otra persona y la urgencia de la situación (1 Timoteo 5:1; Tito 1:13). También se nos advierte que no dejemos que los desacuerdos entre nosotros degeneren en peleas, discusiones o controversias tontas (Filipenses 2:14; 2 Timoteo 2:23, 24; Tito 3:9). Claramente, la restauración de otros involucra algo más que simplemente confrontarlos con sus faltas. Por lo tanto, si queremos pacificadores eficaces, tenemos que pedir a Dios que nos ayude a ser discernidores y flexibles, para poder usar el enfoque que sea más efectivo en una situación dada.

También debemos señalar que la Biblia brinda numerosos ejemplos positivos de acercarnos a otros de forma indirecta en vez de describir sus faltas bruscamente. Jesús no confrontó directamente a la mujer samaritana en el pozo acerca de su vida de adulterio. En cambio, encaró el tema indirectamente, usando preguntas y una discusión que la involucró en el proceso de pensar y evaluar su propia vida (Juan 4:1–18). Jesús usaba frecuentemente parábolas e historias como formas elípticas de ayudar a que las personas vieran sus pecados (ver, por ejemplo, Mateo 21:33–45; Lucas 15). El apóstol Pablo también podía ser igual de indirecto. En vez de confrontar a los atenienses de frente con su idolatría, primero los involucró en un punto de interés común y pasó gradualmente hacia las buenas nuevas del único Dios verdadero (Hechos 17:22–31). Podemos incluir a Ester en el enfoque indirecto, ya que le llevó dos días y dos banquetes llegar al punto de hablar al rey acerca de la injusticia de su decreto de matar a todos los judíos (Ester 5–7).

Como indican estos y muchos pasajes similares, tenemos que dejar de lado la idea de que mostrar a alguien su falta siempre requiere una confrontación directa. Si bien ese enfoque será apropiado en algunas situaciones, nunca debemos hacerlo automáticamente. En cambio, debemos pedir a Dios que nos ayude a discernir la forma más agradable y eficaz de encarar a una persona específica en un tiempo específico y abrir el camino para la reconciliación genuina. (En el próximo capítulo veremos más en detalle cómo encarar a las personas indirectamente usando historias y metáforas.)

A la larga, cara a cara

Hay quienes entienden que Mateo 18:15–20 exige que siempre debemos hablar personal y privadamente con alguien que nos ha ofendido antes que podamos pedir a otros que se involucren en la situación. Está claro que la Biblia recomienda los encuentros cara a cara como un paso importante para reconciliar a las personas, pero no enseña que esta sea la única forma de comenzar un proceso de reconciliación. De hecho, a veces conviene involucrar a otras personas en la resolución del conflicto *antes* de intentar reunirse personalmente con alguien que lo ha agraviado. Éstas pueden actuar como intermediarios

neutrales que van y vienen entre usted y la otra persona, o como representantes que hablen por usted inicialmente en las reuniones conjuntas.

Por ejemplo, antes que Jacob se encontrara con su hermano Esaú en persona, envió sirvientes y regalos por delante para preparar el escenario para un encuentro amistoso (Génesis 32 y 33). Cuando los hermanos de José temieron que terminara vengándose de ellos por sus pecados contra él, enviaron a alguien para que hablara por ellos para apelar a la misericordia de José (Génesis 50:15, 16). Abigail intervino entre su esposo y un David enfurecido, y fue encomiada altamente por su iniciativa y sabiduría (1 Samuel 25:18–35). Cuando David estaba alejado de su hijo Absalón, Joab alistó a una mujer judía para que fuera al rey para ablandar su corazón hacia su hijo (2 Samuel 14:1–23). De igual forma, cuando los apóstoles no querían encontrarse con Pablo luego de su conversión, Bernabé intervino para hablar a favor de Pablo y apelar a la reconciliación (Hechos 9:26, 27).

Según indican estas historias, hay muchas formas bíblicamente legítimas de acercarse a alguien con quien tenemos un conflicto. En general, las conversaciones personales son lo mejor, pero en algunos casos involucrar a otras personas de inmediato será aún mejor. Hay varias situaciones en las que esto podría ocurrir hoy:

Cuando usted está tratando con una persona que viene de una cultura o tradición en las que es costumbre resolver problemas a través de intermediarios, como representantes de la familia o líderes de confianza.

Cuando ir a una persona personalmente y privadamente podría hacer que ella quede mal parada a la vista de los demás.

Cuando cualquiera de las partes podría sentirse intimidada por la otra persona, tal vez por una diferencia de destrezas verbales o diferentes posiciones de autoridad o influencia.

Cuando una persona fue abusada por la otra y existe la posibilidad de que el abusador usará una conversación privada para manipular o silenciar a la persona que ha sido abusada.

Cuando hay un tercero que tiene una relación mucho más estrecha que usted con la persona que puede haber caído en pecado, y ese tercero está dispuesto a plantear el tema ante el ofensor.

Sea cual fuere la situación, siempre debemos mostrar respeto por las preocupaciones, tradiciones, limitaciones y necesidades especiales de los demás, y pedir a Dios que nos muestre cómo comunicarnos con ellos de la forma que les resulte más apropiada y útil (Filipenses 2:3, 4).

Sin embargo, sea que comencemos por una reunión en privado o trabajemos a través de intermediarios, no debemos dejar que las preferencias personales o las tradiciones culturales nos desvíen de la búsqueda de una reconciliación genuina, lo cual requiere expresar y confirmar sinceramente la confesión y el perdón. Si bien en situaciones inusuales es válido pensar que esto podría ocurrir sin un encuentro personal entre las partes (ej: casos de abuso infantil), la Biblia enseña que una reunión cara a cara en general es esencial para una reconciliación genuina. Este principio aparece en la Biblia de tres formas.

Primero, muchos de los pasajes relacionados con la restauración de relaciones claramente contemplan una conversación directa entre las partes en conflicto (ver Mateo 5:23, 24; 18:15; Lucas 17:3). Segundo, la Biblia brinda muchos ejemplos de reuniones personales entre personas que se habían agraviado mutuamente, incluyendo Jacob y Esaú

(Génesis 33:6–12), José y sus hermanos (45:1–5; 50:15–21), y Pablo y los apóstoles (Hechos 9:27, 28). Tercero, la Biblia también da ejemplos de resultados desastrosos cuando la participación de intermediarios permitió a las partes demorar o evitar reuniones personales que involucraban la confesión y el perdón genuinos.

Tal vez la ilustración más trágica de una reconciliación fallida es la de David y Absalón. Luego de que Absalón matara a su propio hermano, Joab pudo negociar un perdón del rey que permitió a Absalón volver a Jerusalén. Pero entonces Joab cometió un error fatal. Cuando David dijo: “Que se retire [Absalón] a su casa, y que nunca me visite” (2 Samuel 14:24), Joab no instó al rey a ver a su hijo y reconciliarse con él inmediatamente. Este alejamiento prolongado amargó a Absalón para con su padre (14:28–32) y terminó por causar una rebelión que produjo miles de muertes (2 Samuel 15–18). Hay una tragedia similar en Génesis 34, cuando el padre de Siquén media un acuerdo superficial pero no insta a Siquén a confesar sus agravios personalmente a Dina, Jacob y a los hijos de Jacob. Los hijos de Jacob no perdonan a Siquén y luego masacran a toda su ciudad.

Estas historias ilustran un elemento clave del diseño de Dios para las relaciones humanas. Dios no quiere que su pueblo se relacione entre sí a la distancia o a través de otras personas. La relación genuina involucra comunicación *personal*. Como dice Éxodo 33:11: “Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo” (ver también 2 Juan 12). Si este es el ideal de una verdadera amistad, es también el ideal para una relación que se ha roto por un conflicto y necesita ser restaurada. Si bien otras personas pueden a veces ayudar a iniciar el proceso de restauración, su fin último debería ser una reunión personal y cara a cara entre quienes se han distanciado, de forma que puedan expresar y confirmar el arrepentimiento, la confesión y el perdón, y experimentar juntos la gracia y la reconciliación de Dios.

Si alguien tiene algo contra ti

Si usted se entera de que alguien tiene algo contra usted, Dios quiere que tome la iniciativa de buscar la paz, aun cuando no crea que usted haya hecho algo malo. Si considera que las quejas de la otra persona contra usted son infundadas o que el malentendido es culpa enteramente de la otra persona, podría llegar a la conclusión naturalmente de que usted no tiene ninguna responsabilidad en cuanto a tomar la iniciativa de restaurar la paz. Esta es una conclusión frecuente, pero falsa, porque va en contra de la enseñanza específica de Jesús en Mateo 5:23, 24: “Por lo tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcílate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda”. Note que esta orden no está limitada a situaciones en las que la otra persona tiene algo *justificable* contra usted. Jesús dijo que debemos reconciliarnos si nuestro hermano tiene *algo* contra usted, dando a entender que la obligación existe, sea que usted crea o no que su queja es legítima.

Hay varias razones por las que usted debería iniciar la reconciliación aun cuando no crea que usted tenga la culpa. Lo más importante es que Jesús le ordena hacerlo. Además, como expliqué previamente, la paz y la unidad entre los creyentes afectan significativamente cómo los demás recibirán el evangelio. Buscar la paz con un hermano distanciado mejora su testimonio cristiano, *especialmente* si él es quien ha cometido el agravio (Lucas 6:32–36).

Además, podrá tener una mayor tranquilidad mental si ha enfrentado sinceramente cualquier queja que alguien pueda tener contra usted. Sólo escuchando a otros cuidadosamente podrá descubrir pecados de los que usted no estaba consciente o ayudar a otros a darse cuenta de que sus quejas son infundadas. De una forma u otra, logrará una conciencia limpia, que es un ingrediente esencial de la paz interior y una estrecha relación con Dios.

Finalmente, deberá iniciar la reconciliación por amor a su hermano y por preocupación por el bienestar de *él*. Justo antes de la orden de Jesús de buscar la reconciliación, Él advirtió acerca del peligro de la ira no resuelta: “Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: ‘No mates, y todo el que mate quedará sujeto al juicio del tribunal’. Pero yo les digo que todo el que se enoje con su hermano quedará sujeto al juicio... cualquiera que lo maldiga quedará sujeto al juicio del infierno” (Mateo 5:21, 22).

La amargura, la ira y la falta de perdón son pecados serios a los ojos de Dios. Si su hermano participa en estos sentimientos, lo separarán de Dios y lo expondrán al juicio (Efesios 4:30, 31; ver Isaías 59:1, 2). Además, estos sentimientos pecaminosos pueden carcomer el corazón de su hermano como un ácido y dejarlo espiritualmente, emocionalmente y físicamente deteriorado (Salmos 32:1–5; 73:21, 22; Proverbios 14:30). Este daño puede ocurrir aun cuando alguien crea erróneamente que usted ha hecho algo malo. Por lo tanto, usted debe ir a la persona por amor y hacer todo lo que está en sus manos para resolver la cuestión. Esto puede requerir confesar sus propios agravios o ayudar a la otra persona a darse cuenta de que su queja no tiene ningún fundamento. Si bien no puede obligar a una persona a cambiar su opinión acerca de usted, puede hacer todos los esfuerzos por “vivir en paz”, aclarando malentendidos y quitando obstáculos a la reconciliación (Romanos 12:18; ver 14:13–19). Esto podrá requerir intentos repetidos y mucha paciencia, pero el beneficio para ambos hace que bien valga la pena.

Recuerdo un domingo cuando visité una pequeña comunidad de granjeros y prediqué un mensaje sobre Mateo 5:21–24. Luego de la iglesia un amigo me llevó a almorzar. Por la mitad de la comida un hombre que había visto en la iglesia esa mañana entró al restaurante. Al verme, se acercó a nuestra mesa, con una sonrisa de placer.

“¡Tengo que contarle lo que acaba de pasar!”, dijo. “Su sermón realmente me sacudió, porque tengo un vecino que no me ha hablado por más de dos años. Tuvimos una discusión sobre dónde poner un cerco. Cuando no lo quise mover donde él pensaba que debía estar, simplemente me dio la espalda y se fue enojado. Como yo pensaba que tenía razón, siempre pensé que le correspondía a él hacer la primera movida para que volviésemos a ser amigos. Esta mañana vi que el Señor quiere que *yo* sea el que busque la reconciliación, así que enseguida después de la iglesia fui a su casa para hablar con él. Le dije que lamentaba haber sido tan terco hace dos años y que quería que volviésemos a ser amigos. Casi se desmaya. Me dijo que se sentía mal por haberse marchado enojado ese día, pero realmente no sabía cómo acercarse para hablar conmigo. ¡Hombre, vaya que se alegró de que hubiera ido a hablar con él!”.

Cuando los pecados de una persona son demasiado serios como para pasar por alto

Dios también lo llama a ir a hablar con alguien sobre un conflicto si los pecados de esa persona son demasiado serios como para pasar por alto. Por eso Jesús dijo: “‘Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo’” (Lucas 17:3). A veces es difícil decidir si el

pecado de alguien es tan serio que uno tiene que ir y hablar sobre él. A continuación indicamos algunas de las situaciones que podrían justificar esta clase de atención.

Como vimos anteriormente, podría haber algunas situaciones en las que conviene trabajar inicialmente a través de intermediarios que tengan una relación más estrecha con la otra persona. Generalmente es mejor mantener este tipo de discusiones lo más privado posible, sin embargo, para evitar que la otra persona sufra vergüenza. Por lo tanto, en la discusión siguiente me centraré principalmente en la situación en la que usted está en condiciones de acercarse a la otra persona personalmente y privadamente.

¿Está deshonrando a Dios?

El pecado es demasiado serio como para pasar por alto si podría traer una deshonra significativa a Dios (ver, por ejemplo, Mateo 21:12, 13; Romanos 2:23, 24). Si alguien que dice ser cristiano está comportándose de forma tal que otros podrían tener un concepto inferior de Dios, de su iglesia o de su Palabra, podría ser necesario hablar con esa persona e instarla a modificar su comportamiento. Esto no quiere decir que debemos llamar la atención a cada ofensa menor, porque Dios mismo es paciente e indulgente con muchas de las cosas que hacemos mal. Pero cuando el pecado de una persona se vuelve lo suficientemente visible como para afectar de manera obvia y significativa el testimonio de un cristiano, debe ser abordado.

¿Está dañando su relación?

Usted debe ir también y hablar acerca de ofensas que están dañando su relación con otra persona. Si usted no puede perdonar una ofensa —es decir, si sus sentimientos, pensamientos, palabras o acciones hacia otra persona se han visto alterados durante más de un breve período de tiempo—, probablemente la ofensa sea demasiado seria como para pasar por alto. Aun un agravio menor puede dañar una relación si se repite. Si bien algo menor puede ser perdonado rápidamente las primeras veces, la frustración y el resentimiento podrían terminar por acumularse. Cuando esto ocurre, podría ser necesario llevar el asunto a la atención de la otra persona a fin de modificar el patrón ofensivo.

¿Está dañando a otros?

Una ofensa o desacuerdo también son demasiado serios como para pasar por alto cuando producen un daño significativo a usted o a otros. Esto puede ocurrir de diversas formas. El ofensor podría estar dañando o poniendo en peligro a otros de forma directa (ej: abuso infantil o conducir ebrio). La persona podría estar fijando también un ejemplo que alentaría a otros cristianos a comportarse de forma similar. Sabiendo que “un poco de levadura fermenta toda la masa”, Pablo ordena a los cristianos que encaren el pecado serio y manifiesto rápida y firmemente para evitar que los demás creyentes se desvíen (1 Corintios 5:1–13; ver 2 Timoteo 4:2–4; Proverbios 10:17). Una ofensa también puede afectar de forma adversa a otros si se hace público y otros cristianos toman partido. Cuando la paz y la unidad de la iglesia se amenaza de esta forma, el problema subyacente necesita ser tratado antes que cause una división seria (Tito 3:10).

¿Está lastimando al ofensor?

Finalmente, el pecado necesita ser tratado cuando está lastimando seriamente al ofensor, ya sea a través de un daño directo (ej: abuso de alcohol) o afectando su relación con Dios o con otras personas. Interesarse por el bienestar de otros cristianos, especialmente de su propia familia u organización, es una responsabilidad seria. Lamentablemente, como la mayoría de los cristianos han adoptado la visión del mundo, que se les debe permitir a todos hacer lo que les parezca, algunos creyentes no hacen nada, aun cuando ven a su hermano o hermana atrapados en un pecado serio. Esta no es la clase de amor que Jesús demostró, ni es consistente con la clara enseñanza de la Biblia:

- “No alimentes odios secretos contra tu hermano, sino reprende con franqueza a tu prójimo para que no sufras las consecuencias de su pecado” (Levítico 19:17).
- “Rescata a los que van rumbo a la muerte; detén a los que a tumbos avanzan al suplicio. Pues aunque digas, ‘Yo no lo sabía’, ¿no habrá de darse cuenta el que pesa los corazones? ¿No habrá de saberlo el que vigila tu vida? ¡Él le paga a cada uno según sus acciones!” (Proverbios 24:11, 12).
- “Más vale ser reprendido con franqueza que ser amado en secreto. Más confiable es el amigo que hiere que el enemigo que besa” (Proverbios 27:5, 6; ver 9:8; 19:25; 28:23).
- “Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano” (Mateo 18:15).
- “Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado” (Gálatas 6:1).
- “Hermanos míos, si alguno de ustedes se extravía de la verdad, y otro lo hace volver a ella, recuerden que quien hace volver a un pecador de su extravío, lo salvará de la muerte y cubrirá muchísimos pecados” (Santiago 5:19, 20).

Si bien estos versículos apoyan la confrontación constructiva, no son un permiso para ser entrometidos. La Biblia nos advierte repetidamente que no debemos estar buscando ansiosamente oportunidades para señalar las faltas de los demás (ej: 2 Tesalonicenses 3:11; 1 Timoteo 5:13; 2 Timoteo 2:23; 1 Pedro 4: 15). De hecho, todo el que esté *ansioso* por mostrar a un hermano su pecado probablemente esté descalificado para hacerlo. Esta ansiedad en general es un signo de orgullo e inmadurez espiritual, que mutilan nuestra capacidad de ministrar eficazmente a los otros (Gálatas 5:22–6:2). Los mejores confrontadores generalmente son personas que preferirían no tener que hablar a otros acerca de su pecado, pero lo harán en obediencia a Dios y por amor a los demás.

En el otro extremo están los que son reacios a hablar del pecado en cualquier circunstancia. A menudo señalan Mateo 7:1 –“No juzguen a nadie, para que nadie los juzgue a ustedes”–, y dicen que la Biblia nos prohíbe dictar sentencia sobre cómo viven los demás. Sin embargo, cuando se estudia a la luz de los versículos citados más arriba, que nos dicen específicamente que evaluemos a otros y hablemos con ellos acerca de su comportamiento, Mateo 7:1–5 no puede ser interpretado como un pasaje que prohíbe la corrección personal. En cambio, el texto explica cuándo y cómo debe ocurrir la corrección. Jesús está diciendo que si uno sigue sus instrucciones correctamente, “entonces verás con claridad para sacar la astilla del ojo de tu hermano” (Mateo 7:5). Esto da a entender indiscutiblemente que aprueba la corrección adecuada.

Algunas personas se rehúsan a hablar con otras acerca del pecado o un conflicto por otro pasaje: “No resistan al que les haga mal. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mateo 5:39). Este pasaje no prohíbe la corrección personal. Más bien, prohíbe a las personas tomar la ley en sus propias manos y buscar *venganza* contra quienes las agravian.³⁶ Este versículo enseña que los cristianos deben estar dispuestos a soportar daño personal sin tomar represalias cuando ese daño es resultado directo de su testimonio cristiano (ver 1 Pedro 1:6, 7; 2:12–3:18; 4:12–19). Sin embargo, en los desacuerdos normales de la vida cotidiana los cristianos tienen la responsabilidad de encarar el pecado serio, especialmente cuando se encuentra en otro creyente.

Otros evitan corregir a otros diciendo: “¿Quién soy yo para decirle a alguien lo que tiene que hacer?”. Si bien es cierto que no tenemos ningún derecho a forzar nuestras opiniones personales sobre otras personas, sí tenemos la responsabilidad de alentar a otros creyentes a ser fieles a las verdades de Dios que se presentan en la Biblia. Por lo tanto, si usted cree que la Biblia contiene instrucciones autorizadas de Dios, y si usted tiene un amor genuino por Dios y por su hermano, no eludirá su responsabilidad de hablar con ese hermano de formas adecuadas para ayudarlo a vivir de acuerdo con las normas de Dios (ej: Romanos 15:14; Colosenses 3:16; 2 Timoteo 2:24–26).

Otra forma de evitar ir a otros es decir: “¿Acaso no es tarea de Dios mostrar a las personas en qué se han equivocado?”. Es cierto que Dios es el único que puede convencer a las personas de pecado y cambiar su corazón, algo que hace a través del poder del Espíritu Santo. Pero Dios generalmente usa a otra persona para que pronuncie las palabras que un pecador necesita escuchar para ver la necesidad de arrepentirse (ej: 2 Samuel 12:1–13; 2 Timoteo 2:24–26). No podemos cambiar a la gente por nuestra cuenta, pero a través de la corrección amorosa podemos ser usados por Dios para ayudar a las personas a ver dónde tienen un problema con el pecado.

La responsabilidad del cristiano de ayudar a que otros enfrenten el pecado serio puede entenderse más claramente estudiando dos palabras que se usan en Gálatas 6:1. En este pasaje, Pablo dice a los gálatas que restauren a un hermano “sorprendido en pecado”. La palabra griega que se traduce como “sorprendido” (*prolambano*) significa ser alcanzado o sorprendido. Por lo tanto, el hermano que necesita nuestra ayuda es alguien que ha sido atrapado cuando estaba con la guardia baja. Es como un pescador que no estaba prestando atención y se enredó en su red mientras lo tiraba por la borda, y ahora está aferrándose desesperadamente al borde del bote, en peligro de morir ahogado. Tanto el pescador como el hombre sorprendido en pecado tienen la misma necesidad: sus problemas se han vuelto tan serios que probablemente no puedan salvarse ellos mismos. Necesitan a alguien que intervenga y corte las cuerdas que los enredan. Así como uno no se quedaría mirando cómo un pescador se ahoga mientras está enredado en su red, tampoco debería quedarse mirando cómo otro cristiano es destruido por el pecado.

También ayuda a entender lo que Pablo indicó a los gálatas que hicieran con un hermano atrapado en el pecado. En vez de ignorarlo o echarlo, instruyó a los gálatas que lo “restauraran con una actitud humilde”. La palabra que se traduce como “restaurar” (*katartizo*) significa arreglar, reparar, equipar, completar o preparar. Esta palabra se usa varias veces en el Nuevo Testamento: para describir a pescadores *reparando* y *preparando* sus redes (Mateo 4:21), para describir a Pablo *proveyendo* lo que falta en la fe de los tesalonicenses (1 Tesalonicenses 3:10), para describir a Jesús *equipando* a los creyentes con todo lo bueno para hacer su voluntad (Hebreos 13:21) y Dios *restaurando* a quienes han sufrido, haciéndolos “fuertes, firmes y estables” (1 Pedro 5:10). Cada una de estas

actividades tiene la meta de hacer que algo o alguien sean útiles para el propósito para el que fueron hechos. Por ejemplo, así como las redes están diseñadas para servir a las personas de una forma específica, nosotros estamos diseñados para servir a Dios de una forma específica. Por lo tanto, podemos ver que la meta de *katartizo*, según se usa en Gálatas 6:1, es reparar a personas rotas y restaurarlas a la utilidad en el reino de Dios.

Si entiende estas dos palabras, lo ayudará a decidir si una ofensa es demasiada seria como para ser pasada por alto. Primero, mantenga en mente la imagen de ser “sorprendido”. Si un pecado no da la impresión de estar causando un daño serio a un hermano o no está dañando las relaciones de la persona, tal vez lo mejor sea simplemente orar para que Dios le muestre su necesidad de cambio. Por otra parte, si el pecado parece estar arrastrando a su amigo a las profundidades, no demore en acudir a él. Segundo, recuerde el principio de *katartizo*. El pecado de esa persona, ¿ha dañado significativamente la salud espiritual de ella y ha reducido su utilidad para Dios (como un agujero grande reduciría la utilidad de una red de pescar)? De ser así, podría haber necesidad de una “reparación”, que podría lograrse con una conversación amable. Para ver cómo podría ocurrir esto, vuelva a leer la historia que precedió este capítulo.³⁷

Consideraciones especiales

Habiendo establecido pautas básicas sobre cuándo es apropiado ir y mostrar a otros sus faltas, podría ser útil considerar algunas situaciones o preocupaciones que requieren una consideración especial.

Ir a no cristianos

La Biblia enseña que debemos preocuparnos por el bienestar de los demás, independientemente de si son cristianos o no cristianos (Lucas 10:25–37; Gálatas 6:10). También se nos ordena que “vivamos en paz con todos” (Romanos 12:18). Por lo tanto, la mayoría de los principios dados arriba se aplican a conflictos con no cristianos. Por supuesto que usted deberá modificar algo su enfoque para ser sensible a las perspectivas y necesidades de la persona. En vez de hacer referencia a versículos específicos de la Biblia, usted podrá apelar a intereses o valores sostenidos generalmente, como preservar el matrimonio o mantener una buena reputación. (Habrá más al respecto en el capítulo 11.) Aun así, la mayoría de los principios descritos en este libro serán aplicables a resolver un conflicto con un no cristiano. Y, en algunos casos, Dios usará sus fieles esfuerzos de pacificación para ayudar a la otra persona a llegar a la fe en Cristo.

Ir a una persona en autoridad

Su responsabilidad de ir a una persona en autoridad atrapada en pecado no desaparece simplemente porque esa persona esté en una posición de autoridad sobre usted (ej: un empleador o un anciano de la iglesia). Dado que estas personas son tan humanas como usted, también pecarán y necesitan corrección (ver 1 Timoteo 5:19, 20). Por supuesto, tal vez necesite tener un cuidado especial al escoger sus palabras cuando hable con una persona así. Hágalo respetuosamente, y haga todo lo que pueda para afirmar su consideración por la autoridad de esa persona (ver ej: Daniel 1:11-14). Al hacerlo, tal vez

no sólo aliente cambios necesarios, sino aumente el respeto de esa persona por usted (ver 1 Samuel 25:23-35).

Cómo tratar con el abuso

Una de las ofensas más difíciles de tratar es la que involucra un abuso de poder o de autoridad, como el abuso físico o sexual. En raras situaciones una víctima del abuso podrá haber obtenido la fuerza suficiente como para hablar directamente con su abusador. Sin embargo, en la mayoría de las situaciones no es prudente ni constructivo que una víctima hable privadamente con el abusador. Muchos abusadores son muy avezados en la manipulación y la intimidación, y usarán la conversación como una oportunidad para más abuso. Por lo tanto, generalmente lo mejor es involucrar a otros en el proceso de confrontación.

Si el abusador es un cristiano, la iglesia tiene la responsabilidad de confrontar su pecado, promover el arrepentimiento y la confesión genuinos, apoyar la consejería y exigirle que se someta a las consecuencias legales necesarias. Esta participación puede y debe realizarse en cooperación con acciones que las autoridades civiles deben tomar para tratar con el abuso.

Al mismo tiempo, la iglesia deberá estar ministrando amorosamente y diligentemente a la víctima del abuso. Esto exige compasión y comprensión, reconociendo el papel que la iglesia podría haber jugado en no protegerla, brindando la consejería necesaria y cambiando políticas y prácticas para impedir un abuso similar en el futuro.³⁸

Ir tentativamente y repetidamente

Es prudente recordar que muchas diferencias y ofensas son producto de malentendidos antes que agravios reales. Por lo tanto, cuando se acerque a la otra persona, hágalo de forma tentativa. A menos que tenga conocimiento claro y de primera mano de que se ha cometido un agravio, otorgue a la otra persona el beneficio de la duda y esté abierto a la posibilidad de que usted no haya evaluado la situación correctamente. Una actitud cautelosa e imparcial promoverá generalmente una atmósfera más relajada y alentará un diálogo sincero antes que refutaciones defensivas.

Esté preparado para la posibilidad de que su primera reunión no sea exitosa. Como la otra persona podría dudar de su sinceridad o podría no estar acostumbrada a tratar con diferencias de forma tan directa y sincera, su intento de reconciliación inicial podría sólo plantar las semillas que deberá cultivar en los días siguientes. El verbo griego usado para "ir" en Mateo 18:15 sugiere una acción *continua*. Si usted no tiene éxito inicialmente, trate de discernir qué salió mal (tal vez repasando porciones de este libro), busque consejos adecuados y corrija sus errores. Dé a la otra persona tiempo para pensar (y déle a Dios tiempo para obrar), y luego vaya de nuevo. Usted debería seguir buscando resolver la cuestión en forma privada hasta que sea evidente que en realidad tiene poco sentido agregar más conversaciones personales y probablemente causen daño. En este momento deberá considerar si sería más prudente pasar por alto la cuestión por completo. Si esto no es adecuado, necesitará buscar ayuda de otros, algo que se tratará en el capítulo 9.

Luego de quitar la paja de su propio ojo

Como enseña Jesús en Mateo 7:3–5, usted no debe intentar hablar a otros acerca de sus agravios hasta que haya tratado con su propia contribución a un problema. Si sigue la enseñanza de Jesús, su confesión a veces alentará a la otra persona a reconocer sus propios pecados. Pero no todos responderán tan cooperativamente. En algunos casos, la otra persona reconocerá poca o ninguna responsabilidad en el problema, lo cual lo pondrá a usted en una posición incómoda. Si usted empieza a resaltar los males de esa persona, podría ponerse a la defensiva y creer que la confesión de usted anterior era fingida. Por otra parte, si simplemente se aleja sin encarar lo que la otra persona ha hecho mal, ella podría no enfrentarse con la necesidad de cambiar. Entonces, ¿qué hace usted? Hablando en general, hay cuatro cursos posibles a seguir:

1. *Usted puede simplemente pasar por alto la ofensa.* Confiese su contribución al problema, deje lo que la otra persona hizo y siga adelante con su vida. Este camino será el apropiado si el pecado de la otra persona es relativamente menor y no ha afectado permanentemente la relación de ustedes. También será apropiado si la falta de usted en la cuestión supera ampliamente la de la otra persona, en cuyo caso debería dedicar su atención a los cambios que usted necesita hacer en vez de decir algo sobre las faltas de la otra persona.

2. *Usted puede construir sobre la confesión superficial de la otra persona.* La confesión de usted podrá alentar a la otra persona a hacer alguna forma de admisión, aun cuando sea incompleta o tibia. (Por ejemplo: “Supongo que en cierta forma perdí los estribos también”, “Bueno, no fue tu culpa por completo”, “Veo por qué te sentiste frustrada”). A veces es apropiado tomar las palabras de la otra persona y reflejarlas con mayor detalle. Abajo hay algunos ejemplos de lo que usted podría decir.

“Aprecio que hayas reconocido perder los estribos, Roberto. ¿Puedo explicarte cómo me hizo sentir a mí?”.

“Aprecio que hayas dicho eso. ¿Qué piensas que hice mal?”.

“¿Por qué piensas que me sentí frustrada?”.

3. *Usted tal vez necesite hablar del pecado de la otra persona ahora.* Esto será lo apropiado cuando el conflicto es tan serio, o la actitud y comportamiento de la otra persona son tan dañinos, que deben ser abordados inmediatamente para evitar que surjan más problemas. Si decide tratar los comportamientos de la otra persona, planifique sus palabras cuidadosamente de antemano para reducir la probabilidad de que ella cuestione sus motivos. Por ejemplo:

“Guillermo, aprecio tu perdón y trabajaré realmente para controlar lo que digo en el futuro. Es más, me gustaría que me hicieras saber si alguna vez me escuchas hablar así de nuevo. Asimismo, creo que hay algunas cosas que tú podrías modificar para evitar problemas similares en el futuro. ¿Me permites explicarte lo que quiero decir?”.

“Ana, no hay duda de que mis palabras imprudentes contribuyeron a este problema, y realmente lamento haberte agraviado. A la vez, no estoy seguro de que te des cuenta de cuánto has contribuido tú a este problema. Por más que quisiera dejar de lado la cuestión, temo que tendremos problemas similares de nuevo a menos que pongamos

todas nuestras inquietudes sobre la mesa. ¿Puedo explicarte cómo veo tu conducta en esta cuestión?”.

4. *Usted podría postergar la confrontación hasta otro momento.* Esto será apropiado si el tema no es urgente y si la confrontación inmediata difícilmente sea productiva. Si usted se arrepiente genuinamente de sus errores y trabaja sinceramente para cambiar su actitud y comportamiento, pueden producirse distintos resultados. Primero, usted podría terminar decidiendo que las faltas de la otra persona eran realmente insignificantes, en cuyo caso podría no necesitar traerlos a consideración. Segundo, el esfuerzo que usted hace para cambiar y para restablecer su relación podría convencer a la otra persona y terminar por motivarla para acudir a usted y reconocer lo que ha hecho mal en el pasado. Tercero, si la ofensa se repite más adelante, estará en una mejor posición para encarar al ofensor si usted ha hecho un obvio esfuerzo para tratar con sus propias faltas. Dado que el arrepentimiento y el cambio de conducta suyos harán que le cueste más a la otra persona desplazar la culpa, ella podría terminar por comenzar a encarar su mal comportamiento.

Si usted sabe que necesita confesar lo que ha hecho mal a otra persona, ore y piense cuidadosamente de antemano si será prudente o no hablar acerca de las faltas de ella durante la misma conversación. Si bien a menudo usted no podrá tomar una decisión final acerca del tema hasta ver cómo responde esa persona a la confesión de usted, es prudente tener un plan tentativo en mente aun antes de encontrarse. Esto lo ayudará a evitar palabras imprudentes y responder constructivamente a lo que la otra persona dice.

Resumen y aplicación

Si bien generalmente conviene simplemente pasar por alto los pecados de los demás, habrá momentos en que hacerlo sólo prolonga el distanciamiento y los alienta a seguir actuando de una forma dañina. Si sabe que alguien tiene algo contra usted, vaya a esa persona y hable del tema lo antes posible. De forma similar, si los pecados de alguien están deshonrando a Dios, dañando su relación, lastimando a otros o lastimando a la persona, una de las cosas más amorosas y útiles que usted puede hacer es ir y ayudarla a ver la necesidad de cambio. Con la gracia de Dios y las palabras correctas (incluyendo la confesión de usted mismo), esta clase de conversación conducirá a menudo a una paz restaurada y a relaciones más fuertes.

Si usted está involucrado actualmente en un conflicto, estas preguntas lo ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo.

1. ¿Tiene alguna razón para creer que alguien tiene algo contra usted? En caso afirmativo, ¿por qué?
2. ¿Cómo ha pecado la otra persona en esta situación?
3. ¿Sería mejor pasar por alto la ofensa contra usted o ir y hablar con la otra persona al respecto? ¿Cuáles serían los probables beneficios y desventajas de cada curso de acción?
4. El pecado de la otra persona, ¿es demasiado serio como para pasar por alto? Más específicamente:
 - ¿Está deshonrando a Dios? En caso afirmativo, ¿cómo?
 - ¿Está dañando la relación de ustedes? En caso afirmativo, ¿cómo?

¿Está dañando a otros? En caso afirmativo, ¿cómo?

¿Está dañando a la otra persona? En caso afirmativo, ¿cómo?

¿Está haciendo que la persona sea menos útil para el Señor?

5. ¿Cuáles pecados de la otra persona necesitan ser discutidos?
6. ¿Sería mejor ir en persona o involucrar a otros inmediatamente? ¿Por qué?
7. ¿Sería mejor plantear el tema directamente, o podría esta persona responder mejor a un enfoque indirecto? ¿Cómo podría usted usar una historia, una analogía o un punto de interés común para iniciar la discusión?
8. ¿Necesita usted confesar alguno de sus pecados antes de hablar acerca de lo que la otra persona ha hecho mal? De ser así, ¿qué hará usted si la otra persona no confiesa los pecados de ella?
9. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.